

El diseño editorial

Y EL DILEMA DE LAS PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Alejandro Tapia
Teoría y Análisis

HACE APROXIMADAMENTE UN AÑO, cuando fui invitado a un curso sobre teoría del diseño editorial en una universidad de la ciudad de Culiacán, los alumnos de maestría y yo analizamos cuidadosamente la inseparable condición que tiene la calidad conceptual de un texto y su proceso editorial, vínculo que es privilegio de las publicaciones trascendentes y que ha dado lugar a todas las cuestiones formales que se han sucedido en el tiempo dentro del ámbito del diseño, las tipografías, las retículas, y las normas de publicación. Curiosamente, sin embargo, una de las alumnas de ese curso, que trabaja en el departamento de publicaciones de la Universidad de Sinaloa (la universidad pública del Estado), señaló en la clase un dilema que vive todos los días: las publicaciones de la universidad, que ella diseña, se realizan indefectiblemente para llenar la bodega que tiene enfrente. ¿Para qué hacer cuidado y diseño editorial? ¿Para llenar las bodegas con textos que nadie va a leer? Tal era el tema que se proponía abordar en su tesis. En los antecedentes planteaba que esa paradójica cuestión se debe desde luego a prerrogativas políticas de los institutos y las facultades, dado que lo que mueve a hacer un sinnúmero de publicaciones es la obtención de puntos, no la necesidad de ganar lectores reales. La alumna por supuesto buscaba opciones, pero mirando el escenario administrativo que se le planteaba a su alrededor (y que a menudo es un factor que condiciona esta situación) comentaba que se había planteado el tema a la misma rectoría de la Institución, y lo que el responsable de ese cargo le decía era: "no te preocupes, hacemos una bodega más grande" (por supuesto la prerrogativa es la demanda irrefrenable de los profesores por tener sus publicaciones para el tabulador).

Tal dilema, vimos, no es exclusivo de aquella universidad, sino en realidad es algo que prevalece en todas las universidades a lo largo del país, e incluso en todo Latinoamérica, generando un desaprovechamiento de recursos verdaderamente exorbitante. Brasil parece comenzar a ser una excepción, ya que sus mejores librerías tienen en sus mesas de novedades los libros y revistas de instituciones educativas como la Universidad de São Paulo, algo insólito que, según los editores y los distribuidores, ha sido ganado gracias a la sincronización absoluta de la investigación con el diseño. En realidad eso implica comprender que la elaboración de contenidos (que hace un investigador) necesita una cuidadosa formulación

editorial para que esos contenidos sean efectivamente comunicados y apelen adecuadamente al público al que potencialmente están dirigidos: ello implica la realización de dictámenes, la elaboración de líneas editoriales, los procesos del cuidado editorial, el diseño de títulos, la cuidadosa estructuración de las secuencias de párrafos, titulares, subtítulos, sumarios, normas tipográficas, flujos de texto y organizaciones reticulares, control de impresión así como políticas de distribución eficaces. Un trabajo muy complejo, que ha alcanzado una amplia sofisticación en los varios siglos de edición e imprenta, pero cuyo espectro se verá potenciado aún más con las publicaciones electrónicas, ya que en la lectura sólo se aprende lo que está bien estructurado lingüística y visualmente, con todo el control de calidad que eso conlleva.

Pero en la base de ese desfase entre investigación, diseño y edición está la subvaloración que prevalece en los ámbitos universitarios acerca de la sustancia misma de la que las publicaciones hacen objeto: los autores deben poder no sólo escribir, sino que su escritura debe poder organizarse y potenciarse en una estructura argumentativa y expositiva relevante, de la misma forma en que la producción editorial y el diseño deben cuidar que la calidad del trabajo sobre la página y los volúmenes haga evidentes las aportaciones y estructuras de los argumentos, lo que significa una compenetración mutua que exige un alto nivel de profesionalización y no una partición que considera a la lengua escrita como una sustancia inmanente y al diseño una decoración externa.

Este tema ha sido además una materia de investigación propiamente dicha en el campo del diseño, por lo que los que trabajamos dentro de esta disciplina no nos podríamos sustraer a su importancia. En textos como el de Robert Bringhurst, *La forma sólida del lenguaje*, o el de Ellen Lupton, *Pensando con tipografía*, o el de Sam Dragga y Gwendolyn Gong, *La edición: el diseño de la retórica* (cuya traducción al español está próxima a salir), entre otros, observamos cómo las formas de producción editorial diseñadas, lejos de ser un revestimiento del logos y de las distintas vertientes epistemológicas del pensamiento, son dispositivos que desempeñan un papel cognitivo que es vital para la argumentación y la exposición de cualquier tópico o cualquier propósito que se vale de la lectura para alcanzar sus fines. La escritura misma, esa tecnología sobre la cual vertimos nuestro pensamiento cuando elegimos la mediación de la página, tiene una sustancia gráfica que ha sido producto de una minuciosa labor de traducción de las figuras de la mente al plano de las expresiones, algo que ha tomado siglos en depurarse. Y creada esa maquinaria, las cosas se invierten incluso: hay sistemas de pensamiento que no hubieran sido posibles sin el desarrollo técnico-gráfico de la escritura, de modo que muchas de nuestras elaboraciones



conceptuales han dependido de la sofisticada elaboración de los signos visuales que les dan forma y cuya potencialidad es enorme si se trabaja con ella con un alto grado de profesionalismo. En su libro, *Design Writing Research*, Ellen Lupton y Abbot Miller, dos de los mejores investigadores del tema, muestran por ejemplo cómo la tradición de las humanidades cobró forma en las convenciones de la puntuación, la organización espacial de los párrafos, los títulos y los encabezados, las variantes tipográficas (cursivas, negritas, versalitas, etc.) haciendo posibles nuevas formas de organización del pensamiento en terrenos que van más allá de la gramática (o incluso posibilitaron la existencia de ésta muchos siglos después) pues pertenecen al ámbito de los isomorfismos entre pensamiento y expresión (que incluye los énfasis, los silencios, los cambios de tópico, la disposición y organización del argumento en la secuencia temporal, etc. y hasta el papel metafórico que juegan las cualidades de los soportes) que son vitales para el pensamiento escrito y su comunicación.

Por supuesto el conocimiento de esta tradición y su depurada codificación son los que hacen necesarias cosas tales como la cuidadosa selección de textos, la corrección y el cuidado editorial, la ortotipografía y el diseño cognitivo de páginas, ya que ello es lo que hace posible que el pensamiento vaya efectivamente a algún lado y no a una bodega. A menudo los aspirantes a publicar que no tienen un público real se desesperan con las normas y procedimientos que este trabajo implica, pero, a la inversa, los investigadores a lo largo del mundo que saben del alcance que deben tener sus argumentos y que conocen a su audiencia, son los que más se preocupan por el cuidado editorial y el diseño adecuado de sus publicaciones.

Es una paradoja entonces que en nuestros países la potencialidad que estos procedimientos tienen para generar la autonomía crítica de nuestras sociedades (algo tan necesario actualmente) no sea percibido en uno de los pocos pulmones culturales que nos quedan aún: las universidades públicas. La renuncia, de hecho, a cualquiera de estos aspectos dentro de las publicaciones, es una renuncia a la legítima difusión de los conocimientos. Pero ¿cómo las universidades perdieron esa conciencia de su propio quehacer? ¿cómo los sistemas de evaluación y puntuación tergiversaron las políticas editoriales que se siguen casi en todos lados en nuestras latitudes? Ese es otro tema. Lo que podemos decir es que en este momento la mejor resistencia ante el empuje de las exigencias cuantitativas está en la calidad, la calidad de los textos, de sus normas editoriales y del diseño de las publicaciones. ♦

